

El controvertido tema de la libertad

Francisco J. Rubia*

Hay una disputa que continuará hasta que la humanidad se levante de los muertos entre los partidarios de la necesidad y los partisanos de la voluntad libre.

YALAL AD-DIN RUMI (1207-1273)

Probablemente uno de los temas más discutidos a lo largo de la historia del pensamiento humano sea el tema de la libertad. A la pregunta «¿somos libres?» las respuestas han sido sumamente diversas y aún hoy continúa siendo un problema sobre el que es muy difícil llegar a un consenso.

La cuestión de la voluntad libre surge en la historia de la humanidad cuando el ser humano sospecha que sus acciones pueden estar determinadas por factores que no conoce y sobre los que no tiene ningún control. Esta sospecha incluye el destino, Dios, las leyes de la física o las leyes de la lógica, la herencia y el medio ambiente, el inconsciente o los condicionamientos psíquicos y sociales.

* El profesor Francisco J. Rubia ha sido el coordinador de este número.

David Hume consideraba el problema de la voluntad libre como «la cuestión más discutible de la metafísica, la más discutible de las ciencias».

Supongo que la dificultad radica en el hecho de que desde el punto de vista subjetivo todos nos sentimos libres. Sobre este hecho no creo que haya disputas de ningún tipo. La cuestión está en saber si esa impresión subjetiva es correcta, si no nos equivocamos al asumir que el ser humano, a diferencia del resto del universo, no está sometido a sus leyes deterministas que lo gobiernan.

Ya este planteamiento llama la atención. Y así fue para un científico como Albert Einstein, del que menciono algunas opiniones al respecto:

El hombre puede hacer lo que quiera, pero no puede querer lo que quiera.

Y en otro lugar:

Si la Luna, en el acto de completar su eterno camino alrededor de la tierra, estuviese dotada con autoconciencia estaría completamente convencida de estar viajando su ruta de forma espontánea, por la fuerza de una resolución tomada de una vez por todas. Así un ser dotado de suprema intuición y más perfecta inteligencia, observando al hombre y a sus actos sonreiría a la vista de la ilusión humana de que actúa de acuerdo con su libre voluntad.

También decía en otra ocasión:

El hombre se defiende de ser considerado un objeto impotente en el curso del universo. Pero, ¿debería la legitimidad de los sucesos, tales como se revela más o menos claramente en la naturaleza inorgánica, cesar su función ante las actividades de nuestro cerebro?

De estas citas de Einstein podríamos concluir dos cosas: primero, que la autoconciencia puede engañarnos; y segundo, que es di-

fácil admitir que el cerebro fuese una excepción al resto del universo, que está sometido a leyes deterministas.

Respecto a la impresión subjetiva que todos tenemos de ser libres de actuar y decidir se podría replicar que las impresiones subjetivas a veces son falsas. Como botón de muestra se podría aducir la impresión subjetiva y firme creencia de que el sol giraba alrededor de la tierra, creencia que la humanidad ha sostenido durante nada menos que veinte siglos, desde Aristóteles en el siglo IV a.C. hasta comienzos del siglo XVI con Copérnico. Existen más ejemplos de impresiones subjetivas que resultaron ser falsas con el paso del tiempo. Por tanto, habría que desconfiar de esas impresiones subjetivas. Por experiencia sabemos que la capacidad de autoengaño del ser humano es considerable.

El psicólogo estadounidense John G. Shobris plantea que la ilusión de un «yo» espiritual como algo distinto al «no-yo» material se crea por lo que podría llamarse el «efecto del observador». Dadas suficientes complejidad e inteligencia, un aparato que observa o registra puede concluir que es sustancialmente distinto de lo que observa o registra. El error sería el mismo que los seres humanos cometieron cuando creían que el sol giraba alrededor de la tierra: era lo que parece.

La discusión sobre si existe o no la libertad no tendría lugar si siguiésemos aceptando el dualismo sustancial o metafísico de Descartes, puesto que la existencia de un alma, como ente inmaterial y responsable de nuestra actividad mental, no tendría que estar sometida a las leyes deterministas de la naturaleza como lo está la materia. Pero lo que hoy se discute no parte de ese supuesto: lo que actualmente se plantea la moderna neurociencia es que las actividades de nuestro cerebro son propiedades emergentes de la materia que es el propio cerebro, y, por tanto, que esas propiedades tendrían que estar asimismo sometidas a las leyes naturales. Precisamente es esa superación del dualismo lo que ha permitido

que la neurociencia acometa experimentalmente el tema de la libertad.

Los experimentos realizados primero por Benjamin Libet en California y posteriormente replicados en Inglaterra y en Alemania indican que cuando un sujeto libremente intenta realizar un movimiento, la actividad cerebral inconsciente precede a la sensación subjetiva de ese movimiento y al movimiento mismo. Con otras palabras: la impresión subjetiva del movimiento no es la causa de éste, sino que esa causa procede de una previa actividad inconsciente. El yo consciente se atribuye funciones, como la decisión de mover una extremidad, que no controla. Primero se comprobaron estos resultados utilizando la actividad eléctrica cerebral (electroencefalograma) y, posteriormente, con las modernas técnicas de imagen cerebral.

Estas técnicas de imagen cerebral, como la resonancia magnética funcional (fMRI) o la tomografía por emisión de positrones (PET), pueden medir los cambios en el metabolismo de la glucosa y del flujo sanguíneo que están ligados a la actividad cerebral, tanto en personas normales como en pacientes afectados por diversas enfermedades. En sujetos normales se ha utilizado para medir las diferencias de la actividad de ciertas regiones del cerebro mientras el sujeto está realizando tareas cognitivas. También se han empleado estas técnicas para analizar qué ocurre en el cerebro cuando tomamos una decisión o cuando realizamos un movimiento «voluntario».

Benjamin Libet ya había previamente realizado experimentos con la estimulación eléctrica de la piel en sujetos sanos y había comprobado que para que ese impulso se hiciese consciente tenían que pasar 500 milisegundos. Sin embargo, el sujeto tenía la impresión subjetiva de que el estímulo y la impresión subjetiva de consciencia eran simultáneos. Por tanto, aquí el yo consciente antedataba la impresión subjetiva y la colocaba al mismo tiempo que el es-

título. En los experimentos referidos anteriormente también el yo consciente antedataba la impresión subjetiva y la colocaba al principio y como causa de la actividad cerebral, a pesar de ser sólo una de sus consecuencias.

Éstos son los experimentos que han llevado a pensar que la impresión subjetiva de voluntad libre es una ficción. Cuando los resultados de experimentos se repiten, los datos obtenidos no se discuten. La hipótesis construida sobre esos datos sí puede discutirse, y de hecho así se ha hecho. Pero hoy por hoy estos datos apuntan a que la libertad, tal y como la entendemos, es decir de acción y de decisión, parece ser una ficción. Si en el futuro otros datos indicasen la existencia de esa tan apreciada libertad habría que cambiar la hipótesis. Así se ha hecho siempre en la historia de la ciencia.

Ante este problema de si existe o no la libertad o la voluntad libre se han adoptado diversas posturas. Los que afirman su existencia, también llamados libertarios, están en un extremo, y en el otro se encuentran los deterministas que sostienen que estamos determinados por las leyes de la naturaleza como el resto del universo. El determinismo también se puede definir como la necesidad de actuar de una manera determinada por no existir otra posibilidad. No soy libre porque no puedo actuar de manera distinta a como hago.

La mayoría de los debates que se han desarrollado a lo largo de la historia, así como las discusiones contemporáneas sobre el tema de la voluntad libre, se centran en la idea de las posibilidades alternativas. Es decir, los llamados incompatibilistas argumentan que la voluntad libre requiere la capacidad de actuar de manera diferente a como se hace, es decir, tener alternativas posibles de elección y acción; según estos autores, estas alternativas serían incompatibles con el determinismo. Con otras palabras, si podemos hacer algo distinto a lo que hacemos, si tenemos varias opciones posibles, entonces somos libres. Por otro lado los incompatibilistas son tanto los libertarios como los deterministas, ya que en el primer

caso se plantea que la libertad es incompatible con el determinismo, y en el segundo que el determinismo es incompatible con la libertad.

En otro lugar he manifestado mi disconformidad con el argumento que dice que libertad es la posibilidad de hacer lo contrario de lo que se hace basado en la siguiente reflexión: presumo que se confunde la libertad con lo que en otras disciplinas se denominan *grados de libertad*, es decir, la capacidad de cualquier organismo de tener diversas opciones de elección o acción. Estos grados de libertad están directamente relacionados con la complejidad del cerebro del organismo en cuestión, de forma que los humanos tenemos más grados de libertad que otros primates, y éstos que los felinos o los anfibios, y así sucesivamente. Efectivamente, todos los organismos, desde los más simples, tienen diversas opciones, pero esta posesión de posibilidades no explica *por qué* se elige una de ellas y no las otras. Si los grados de libertad se identifican con la libertad misma, entonces tendríamos que afirmar que todos los animales son libres. Es muy posible que la enorme gama de opciones que nuestro cerebro posee cree la impresión de libertad.

Supongo que este concepto de grados de libertad diferencia al determinismo del fatalismo. El fatalista no ve posibilidad de cambiar el curso de los acontecimientos. El determinista sabe que este curso puede cambiarse gracias a ciertas circunstancias, porque éstas pueden determinar su conducta. En neurociencia se conoce la posibilidad de que el medio ambiente puede modificar las conexiones entre las células nerviosas, lo que implica la importancia de la educación. El fatalista, por ejemplo, considera inútil la intervención de un médico en caso de enfermedad, lo que se ha denominado *sofisma perezoso*. Es evidente que ante la enfermedad podemos hacer algo.

Los llamados compatibilistas son aquellos que piensan que, aunque estamos determinados por las leyes de la naturaleza, somos

libres. Es una postura ecléctica y cómoda muy aceptada hoy por filósofos modernos.

En la Antigüedad esta postura fue sostenida por los filósofos estoicos, pero en la historia de la filosofía Hobbes, Locke, Hume y Stuart Mill también fueron compatibilistas. Parece, pues, una postura ideal que tiene en cuenta tanto nuestra experiencia subjetiva como los conocimientos científicos.

¿En qué se basan los compatibilistas para afirmar lo que parece una gran contradicción al considerar unidas la libertad y el determinismo?

El primer argumento aduce que somos libres porque podemos hacer lo contrario o algo distinto a lo que realmente hacemos. A esto se le ha llamado el argumento del poder o la capacidad de hacer otra cosa distinta a la que se hace. Sobre este argumento ya he expuesto que confunde la libertad con los grados de libertad. Ciertamente es que tenemos un gran abanico de posibilidades, pero eso no significa que la decisión que tomamos cuando elegimos una de esas posibilidades sea libre. Si se equipara la libertad a los grados de libertad, entonces todos los animales son libres y responsables, por tanto, de sus actos.

El segundo argumento es lo que se llama la condición de autoría, que dice que si somos los autores de la elección o acción es porque somos libres. La decisión debe depender de la propia persona. Aquí no se tienen en cuenta los condicionamientos de tipo inconsciente que pueden ser perfectamente causantes de esa elección o acción, que efectivamente pueden partir de nosotros mismos, pero sobre los que no tenemos ningún control consciente. Cuando una persona no es consciente de lo que hace no se dice que sus actos sean libres. Es importante insistir en algo que parece lógico: que para que exista voluntad libre debe haber también consciencia. Al menos así lo entiende la psicología.

Ésta es la crítica que puede hacerse a algunos compatibilistas,

como el filósofo de la Universidad de Magdeburg, en Alemania, Michael Pauen, que plantea que el sujeto es libre si está libre tanto de coacciones como del azar, y siempre que las acciones estén determinadas por él mismo. Es decir, que si los condicionamientos inconscientes proceden del propio individuo no es razón para considerar que sus acciones no sean libres.

El tercer argumento es que cuando una persona toma una decisión o realiza un acto debe estar ausente de coerción, coacción, compulsión o cualquier otro impedimento. Se le llama la condición de control.

Este argumento es muy antiguo, y yo añadiría obvio. Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, ya argumentaba que una persona actúa libremente, o sea voluntariamente, y es responsable de sus actos salvo pruebas de la existencia de compulsión, coerción o ignorancia de las circunstancias de la acción.

Precisamente este último punto, la ignorancia de las circunstancias de la acción, es lo que movió a Baruch de Spinoza a afirmar que los hombres se consideraban libres porque ignoraban las causas que determinaban sus acciones.

Aunque el sentido común nos diga que el determinismo es incompatible con la libertad, ello no parece afectar a los compatibilistas. Uno de ellos, el filósofo moderno A. J. Ayer, nos dice, por ejemplo, que la existencia de leyes en la naturaleza sólo supone que ciertos sucesos siguen a otros de acuerdo con patrones regulares, pero que eso no significa que estemos encadenados. Con otras palabras: las leyes naturales no nos obligan a hacer lo que hacemos. Una cosa es causalidad y otra restricción. No todas las causas son impedimentos. Entre estas causas, según los compatibilistas, se encuentran nuestro carácter y nuestros motivos. De nuevo aquí se olvida la existencia de motivaciones inconscientes y que sobre nuestro carácter, formado en parte a lo largo de la vida y en otra gran parte de origen genético, no tenemos mucho control.

Otro compatibilista moderno, el filósofo estadounidense Daniel Dennett, argumenta que la naturaleza no nos controla porque no es un agente. Esto es como decir que no estamos sometidos a las leyes naturales, o, mejor, que ese sometimiento no supone cortapisa a nuestra voluntad libre. Podemos estar determinados, pero aunque lo estemos, nuestras deliberaciones afectan a nuestro futuro. De nuevo se puede argüir que siempre y cuando esas deliberaciones estén completamente bajo nuestro control consciente. Pero, ¿quién puede asegurarlo?

En otro orden de cosas, el profesor de Psicología de Harvard Daniel Wegner ha interpretado los experimentos de Benjamin Libet diciendo que lo que muestran es que las causas de una acción y la sensación subjetiva de voluntad libre no coinciden en el tiempo. Pero también se ha podido mostrar que tampoco coinciden en el espacio, o sea en el cerebro. Existe un síndrome en neurología denominado el «síndrome de la mano ajena o extraña», que se caracteriza porque los pacientes sienten que su propia mano no es suya, sino de alguien extraño. Cuando la mano se mueve, falta la sensación subjetiva de voluntad. Algunos dicen que ha sido movida desde la luna, por ejemplo. Otro ejemplo es lo que se ha llamado «miembro fantasma», es decir la sensación de que una extremidad que ha sido amputada por algún accidente o por cualquier otro motivo sigue moviéndose aunque no haya movimiento alguno. Aquí ocurre lo contrario: existe la sensación subjetiva de voluntad de movimiento, pero ese movimiento no existe.

Durante una sesión de hipnotismo, cuando el hipnotizador le dice al sujeto hipnotizado que suba el brazo y luego lo baje lentamente, el paciente obedece y el brazo baja paulatinamente. El paciente no tiene sensación subjetiva de voluntad, pero el movimiento sí existe. Aquí la causa del movimiento y la sensación subjetiva no deben estar localizadas en el mismo sitio en el cerebro.

Gracias a estos y a otros experimentos se puede concluir que las

causas del movimiento y la sensación subjetiva de voluntad pueden ir juntas en algunos casos y estar separadas en otros, lo que significa que espacialmente se encuentran en diversas regiones del cerebro.

Se puede también argumentar que cuando tomamos cualquier decisión, lo primero que el cerebro realiza es una consulta con los contenidos de la memoria para saber si las experiencias adquiridas o la llamada memoria filética o ancestral nos pueden orientar respecto a la decisión a tomar. Esta consulta es completamente inconsciente, al igual que el almacenamiento de esos contenidos, que no depende del control consciente del yo. Estos hechos no nos suelen llamar la atención, a pesar de que la memoria es desde el punto de vista de la supervivencia del organismo mucho más importante que la libertad.

Tampoco nos llama la atención que la creatividad, una de las facultades humanas máspreciadas, tanto en ciencia como en arte, sea producto de las llamadas «intuiciones», es decir, de impulsos inconscientes sobre los que no tenemos el más mínimo control ni sabemos nada sobre su origen.

La existencia o no de libertad, libre albedrío o voluntad libre es también de enorme importancia para otras disciplinas. Para la religión, ya que sin libertad el ser humano no es culpable de pecado, concepto clave y fundamental para las tres religiones abrahámicas: judaísmo, cristianismo e islamismo.

En *El paraíso perdido*, John Milton describe a los ángeles discutiendo cómo es posible que algunos de ellos hubiesen pecado por propia voluntad, dado que Dios los había hecho inteligentes y felices. Aquí se plantea claramente que el problema de la libertad también lo es para la religión, aunque defienda precisamente esa libertad.

Y, desde luego, está el problema de compaginar la omnisciencia y omnipotencia divinas con la libertad humana. No es éste el lugar para entrar en semejante problema.

En jurisprudencia y en psiquiatría forense, el tema de la libertad es de gran relevancia, dado que de ahí se derivan los conceptos de responsabilidad, imputabilidad y castigo para los que delinquen.

Pero la libertad es también importante en ética, en filosofía social y política, en la filosofía de la mente, en metafísica, en la teoría del conocimiento, en la filosofía de las leyes, en la filosofía de la ciencia y en la filosofía de la religión.

En política todos sabemos que nos consideramos libres de elegir o actuar como queremos, pero también conocemos que esa «libertad» puede estar manipulada por poderes ocultos, por fuerzas que no conocemos y que actúan orientando nuestra capacidad de elección y acción. Pensemos en los anuncios, la televisión, los vendedores de productos, los amigos, padres, parientes o enemigos.

A favor de la libertad se suele argumentar que la física moderna, la física cuántica, ha introducido el indeterminismo o la probabilidad en el mundo físico. La conducta de las partículas elementales no es predecible y sólo puede ser explicada por leyes estadísticas, no deterministas. La interpretación de los datos que arroja la física cuántica está aún lejos de satisfacer a todos los científicos porque existen interpretaciones alternativas que son deterministas. En cualquier caso, hacer depender nuestras acciones y elecciones de la probabilidad o del azar no es nada satisfactorio para los que quieren mantener a toda costa la existencia de la libertad. Cualquiera podría argumentar: «no he sido yo, ha sido el azar». Einstein decía irónicamente: «Dios no juega a los dados». Se ha argumentado asimismo que si fuese cierto que la conducta de las partículas elementales no está determinada, ¿qué tendría eso que ver con la conducta humana? ¿Es que acaso en macrofísica han dejado de ser ciertas las leyes de Newton? Por otro lado, si una conducta es impredecible, ¿significa eso que es libre? Si la voluntad libre no es compatible con el determinismo, tampoco lo es con el in-

determinismo porque eso significaría que está sometido a la mera probabilidad. Todos estos argumentos han servido para que el indeterminismo en física cuántica no haya podido disipar las dudas de los deterministas.

Finalmente, toda esta discusión estaba resuelta en el pasado, y sigue habiendo personas que la resuelven hoy recurriendo al dualismo metafísico o sustancial de Descartes. Si la voluntad o el libre albedrío es una facultad de un ente inmaterial, del alma, es imposible experimentar con ella. El alma no es, pues, una hipótesis científica. El problema estriba primero en el hecho de que un ente inmaterial, sin energía, no puede mover la materia que es el cerebro y, por tanto, esa interacción violaría las leyes de la termodinámica; y en segundo lugar la neurociencia a lo largo de toda su historia no ha podido encontrar ningún argumento o indicio que pudiera hacer pensar en la existencia de un alma, un homúnculo o cualquier otro dispositivo que interaccionase con el cerebro para poderle hacer responsable de esas facultades, antes llamadas «ánimicas» y hoy mentales. Por esta razón, y porque los hechos que maneja apuntan precisamente en otra dirección, es decir, que esas facultades mentales son producto de la actividad cerebral, es por lo que esa hipótesis no es considerada hoy por la neurociencia.

La existencia en el cerebro de un homúnculo o un «yo» que recibe los estímulos del exterior y ordena los movimientos del organismo ha sido descartada por la neurociencia. Entre otras cosas porque si ese yo es el que controla nuestras decisiones, la pregunta inmediata es que quién controla a ese yo. Y si algo controla a ese yo, la pregunta siguiente es que quién controla ese algo. Y así sucesivamente. Es lo que se llama un argumento regresivo. Por eso se considera que el yo es una ilusión generada por el cerebro.

Resumiendo, se puede decir que los argumentos que hoy se aducen en favor de la existencia de una voluntad libre no consiguen convencer a todos: más bien, existen resultados que indican

lo contrario. Si en el futuro la neurociencia es capaz de aportar nuevos resultados a favor de la libertad, los que hoy opinan, como el autor, que lo más probable es que esa libertad sea otra ficción cerebral, tendremos que aceptarlo.

El profesor Saul Smilansky sugiere que debemos fomentar la ilusión de la voluntad libre y la responsabilidad moral. Supongo que eso es algo similar a lo que la dama victoriana expresó sobre la teoría de la evolución de Darwin: «Esperemos que no sea cierta, pero si lo es esperemos que no se corra la voz».

F. J. R.

